

mosa que haya legado el mundo antiguo al mundo moderno: *Victrix causa diis placuit, sed vita Catoni*. Los dioses podían, después de Farsalia, irse con el vencedor; Catón se iba con el vencido. No conozco reivindicación alguna tan sublime de la voluntad y de la conciencia humana; irguiéndose ante sí, por sí, sobre sí, contra los decretos del cielo y las fortunas del mundo. Esta oposición del menor número al mayor, esta lucha con la victoria ciega, esta resistencia del débil al poderoso, este arresto de morir sin miedo antes que claudicar cayendo al pie de la fortuna, este combate á muerte con los hados siquier parezcan divinos, toda esta omnipotencia de la voluntad individual que llegó sin miedo á enseñorearse de sí misma, sabiendo que tras la muerte nada puede pasarle, ha engendrado en su seno todos esos actos del heroísmo llamados los grandes sacrificios, en cuyo fuego se purifican y esclarecen todas las almas enérgicas, muy necesitadas del estímulo y del ejemplo. Protestar como protestó Catón *el Joven*, contender como contendió, morir como murió; resulta una tal serie de actos sublimes, que la Historia no tendría entrañas seguramente sino se detuviera y se inclinara en su presencia. Nosotros debemos ahora detenernos é inclinarnos porque se halla contenida en el alma de Catón el alma de Porcia; y en el ejemplo de Porcia y de Catón, modelos, sobre quienes se han modelado muchos jacobinos y muchos girondinos en la revolución francesa.

Estaba el filósofo en Cirene cuando supo el triste fin de Pompeyo. Muerta la república romana con este defensor suyo, y triunfante la Monarquía nueva, repugnó á tanta desgracia sobrevivir, y tomó la dirección de Utica, no en busca de un refugio, en busca de un sepulcro. Sabiendo cómo debía proceder para no abandonar la causa de los suyos antes de lo debido, encaminóse hacia un puerto de las riberas africanas, poco seguras á un vencido, por hallarse poblada de númeras traidores y fenicios mercaderes. Él no creía que la razón estaba con la fuerza, que nacía de una victoria una legitimidad, que pudiera el crimen pasar á virtud porque lo gozara el tiempo con sus esmaltes y lo unguera el género humano con sus adulaciones y con sus besos. Rotas las leyes; desconocida la soberanía del Senado; puestos los haces de los lictores contra el pueblo y por el Monarca; en el foro destruída la tribuna de los Rostros y en el Capitolio alzados númenes propicios á la tiranía; trocadas las sacras colinas, donde tronaran los oradores, en peldaños del trono; la Ciudad Eterna con amo como la sierva de los harenes orientales, constituíanse una tierra nueva, dentro de la cual no había ni aire respirable para su alma, ni espacio para su cuerpo. Pompeyo ha perecido bajo el doble peso de su infortunio y de su nombre; tócale á Catón perecer también. Mas antes quiere decir la última palabra sobre aquel á quien llamaba su jefe y aquietar sus manes con algún profundo consuelo. No encontraba en Pompeyo aquella rigidez histórica de los antiguos romanos, por no permitirlo, sin duda, la tristeza de unos tiempos que confundían el triunfo con el derecho y demandaban á la virtud severa holocaustos para el vicio feliz. La prepotencia de Pompeyo se diferenció de la prepotencia de

César, en que pudo ejercerse y desarrollarse con rigor sin detrimento ninguno de la libertad. El pueblo le hubiera nombrado señor, y él se contentaba con la dignidad modesta de ciudadano. Le tuvieron los senadores por jefe; mas, así como su prepotencia militar no dañara de ningún modo á la libertad, su jefatura parlamentaria no dañó al Senado. Jamás creyó que debía dominar en Roma porque hubiera vencido á los enemigos de Roma. Obligóle tanto más todo lo recibido del pueblo, cuanto menos obligado se creía éste á dárselo por cesión, y más podía, en la completa posesión de sí mismo, rehusárselo. Rico, enriqueció más las cajas de su patria que su propia caja. Noble, creyó que su nobleza le imponía el aprecio, no el desprecio de su pueblo. Siempre que opuso á cualquier causa las armas fué para seguidamente deponerlas. Quería el ejército mientras duraba la guerra. La paz del mundo le agradaba más que la victoria propia. Corrió á la cabeza del ejército como á la cabeza del pueblo, más con resolución de servirlos que de mandarlos. Su persona fué siempre al ostentoso lujo repulsiva y al vicio corruptor su casa. Él se hubiese, no complacido, si avergonzado, de reinar. Así en la misma hoguera donde se consumieran sus restos acababan de consumirse la libertad, la ley, la república. El cielo quiso favorecerle al fin, permitiéndole morir víctima de un Monarca y no vasallo de otro. Los que nacieron libres deben apresurarse, cuando recelan que se acerca un tirano, á morir por su libertad. Si Roma, en vez de tribunos, ofrece tan sólo Césares, hasta las almas de los muertos en la república deben cerrarse á todas las evocaciones, y no venir á presenciar el silencio y el olvido de todas las antiguas virtudes. Así es que importara mucho á los buenos morir en tal estado y tener para la pira de su cadáver tal virtud que hiciese á su sombra inmortal sorda por completo á todos los conjuros y á todas las evocaciones. Duerma en buen hora la Ciudad Eterna el sueño de todos los vicios; pero que no despierte con sus ronquidos á los buenos. Inútiles por completo las tripodes y las consultas para los númenes de la muerte. Lo que se necesita con ella es una firme y segura voluntad. En fin, jamás acabaríamos si hubiésemos de contar todos los pensamientos que cruzaban la inteligencia de Catón á la hora de saber ya muertas la libertad y la república en Roma. En todos estos pensamientos predomina uno tan sólo, el pensamiento de amor al descanso y al reposo en brazos de la eternidad. Morir equivalía en el fondo á triunfar. Y equivalía en el fondo á triunfar, porque la vanidad orgullosa de César, así como requería esclavos de todos los pueblos para mostrar su fuerza, requería jefes de todos los partidos para mostrar su misericordia. Podían á esto conformarse Cicerón, el cual, fugitivo desde Farsalia á la triste Burides iba componiendo frases elocuentes que colocar en la diadema de César; bruto, que aceptaba sin escrúpulo el gobierno de la Galia cisalpina, hostigado por su madre Servilia; Casio, quien había cedido, entre los estremecimientos primeros de la derrota, una escuadra; pero no el alma de Catón. Y debió añadir que también el alma de su hija Porcia, donde se iluminará la conciencia y se determinará la voluntad de Bruto, suspensas por las maquinaciones de Servilia.



Catón personifica las ideas estoicas. Y las ideas estoicas elevan el hombre hasta sobreponerle al dolor. El republicano había visto la muerte de hito en hito, y jurádole un desposorio inmediato. Con esta resolución soportó la rota de Farsalia, que nada le importaba por él, sino por la República. Con esta resolución soportó en el mar tempestades, no tan desordenadas como las interiores é intimas de su tormentoso espíritu. Con esta resolución recogió los restos de la gente republicana, que consigo conducía á su flota y la impelió desde la pequeña Scite hasta la célebre Utica. Aunque amenazaba el invierno, y por tanto una estación más propicia, en aquel voraz clima del africano desierto, á las peregrinaciones; un martirio sufrió Catón durante aquel prolongado viaje, á cuyo término se hallaba como un descanso la muerte. No usando por costumbre, apenas creible, los romanos todavía el camello, cuyo paso tan sólo devora los divinos arenales, experimentaron angustias terribles y tuvieron que resignarse á tardanzas desesperantes. El cielo como una brasa; la tierra como un horno; el aire como los resuellós del Etna; los torbellinos arremolinados en trombas; las arenas batidas y alzadas, cual montañas, en alas del viento, y quemando como erupciones volcánicas; tamañas calamidades juntas contribuyeron á poner en trance de muerte mil veces la tropa conducida por Catón, que mostró la superioridad incalculable de su indómito espíritu sobre la naturaleza. En efecto, el ejército aquel guiado por un filósofo, más era ejército de paciencia que no ejército de combate. Pudiendo impedir á César el paso desde los territorios griegos al territorio egipcio, y del territorio egipcio al territorio itálico, ninguna empresa intentó, como si una fascinación lo paralizase y detuviese. Ciertó que toda la marina se portó en aquel conflicto de Farsalia igualmente. Con el número de naves que tenían los republicanos en la mar griega, no supieron ofender ni molestar á los vencedores. Las escuadras de Pompeyo, las escuadras de Casio, las mismas escuadras de Catón, sólo sirvieron á la fuga universal, y, sin embargo, por esa petulancia propia de los partidos, que creen perdida la honra si pierden la esperanza, los republicanos todavía confiaban á una en la fragilidad del Imperio cesáreo, y creyendo próxima la ruina de César, desde los escombros de su propia ruina irremediable y suprema, todavía se disputaban entre sí el mando y la dirección de sus partidarios, como no había sabido ninguno disputar al tirano el mando y dirección de la tierra. Catón creyó siempre que las armas no podían servir ni valer en defensa de la libertad y de la República, pues cuando no acertaban á imponerse por la fuerza de su virtud intrínseca, mal se impondrían por la fuerza del combate y del triunfo. Desde que las guerras civiles comenzaron, el estoico no se vistió una sola vez de lujo; y desde que la batalla de Farsalia se perdió, no quiso acercarse á mesa ninguna, ni en lecho tenderse para comer, sustentándose con aquellos alimentos indispensables á sostener por algún tiempo su vida. Un año resistió Catón todavía las tentaciones de suicidio, á ver si el triunfo se tornaba del lado de los suyos en las últimas y supremas porfías. Desesperanzado siempre, no obstó su desesperanza irremisible

al cumplimiento de los deberes íntegros. Él mantuvo en Utica un verdadero núcleo de las fuerzas republicanas y un vivo reto á la victoria de César. Pero el dictador, tan rápido en concebir como en ejecutar, tan clarividente por sus previsiones como seguro por sus acuerdos y certero por sus golpes, plantóse con celeridad en Africa, no fuera que la protesta llegase á victoria. El postrero de los Escipiones, el célebre Labieno, los hijos de Pompeyo, se reunieron allí bajo las dos alas del alma de Catón, y honorariamente presididos por el Rey africano Juba, fidelísimo á las viejas instituciones, á pesar de su vanidad bárbara, quien les acorrió con su ligera caballería nómada. Pero todo lo superó César. La victoria de Thapso en las costas de Africa vino á completar la victoria de Farsalia en las costas de Grecia. Catón, que había quedado en Utica, recibió con celeridad extraordinaria, por aquello de que las noticias nefastas tienen alas, el anuncio de la desgracia, una vez conocida, bien que no extrañada, reunió los trescientos ciudadanos de Roma en la ciudad habitantes, y les aconsejó la defensa. Mercaderes más que políticos, resistieron á toda resistencia y declararon importarles poco la victoria de César, con el cual no querían hárselas, dispuestos á reconocerle por soberano y á obedecer sus órdenes. Catón, al ver todo esto, con lo cual contaban, curóso tan sólo de cumplir los postrimeros deberes, y cerrando todas las puertas de aquella ciudad que daban al desierto, y abriendo las que daban al mar, conjuróles con verdaderas instancias rayanas en mandatos para que se partiesen y burlaran así las cóleras de César huyendo á sus venganzas. Los rogados y excitados por tan apremiante medo tuvieron que ceder, y dejaron á Catón solitario en compañía de su dos jóvenes hijos y de dos filósofos griegos, con los cuales, mientras el afortunado guerrero se acercaba, púsose á departir sobre temas tan metafísicos, pero tan humanos, como la muerte y la inmortalidad. El pensamiento último correspondiente á la vida y á la tierra, que tuviera el romano, fué la despedida y salvación de Labieno y Pompeyo, quienes se partieron hacia España con ánimo resuelto á sostener todavía la República y la libertad romanas contra César. Cumplida tal obligación, puestos en cobro cuantos pudieran correr algún peligro, salvados los jefes, ya Catón apenas podía de otro ningún objeto acordarse que de las ideas eternas preparatorias á su muerte, no quería vivir sin la República y sin la libertad. Por lo mismo que no quería vivir sin ellas y estaba dispuesto á inmolarse por la propia mano sobre su recién abierto supulcro, maravillan y extrañan más los cuidados bien solícitos y múltiples que supo consagrar á las últimas y más rudimentarias vulgaridades de la vida. Cuarenta y ocho años tenía no más en la hora de su muerte, de una muerte solicitada y requerida como pudiera solicitar y requerir á una amante con pudor y en silencio. Sin embargo, los últimos entre deudos y partidarios y colegas, que le acompañaban, llegaron á entrever en lo reposado y majestuoso de su continente personal, en lo sereno y fijo de sus ojos vueltos casi lo Interior del espíritu, en lo menospreciador de tantas fatalidades como le abrumaban á él y á su patria, en lo elevado y su-



blime de sus ideas, en la unción casi melodiosa de sus conversaciones; en todo su sér, que aquella personalidad suya iba poco á poco rompiendo las cadenas del organismo y del cuerpo hasta en grandiosas anticipaciones de la inmortalidad transfigurarse, eterizándose, como la mirra y el incienso quemados sobre los trípodes sacras de los sacrificios y llegar á lo invisible y lo eterno cual un puro espíritu.

Como buen clásico, no creyó Catón despedirse bien del mundo si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El que durante las agonías del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del diálogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe; cumplido todas las obligaciones respecto de su patria y de su estirpe, y de su clase: puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo se frustró, ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento, abrirse las puertas eternas del sepulcro ó entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente, de una eterna claridad. Sus dos amigos pertenecían, el uno á la escuela peripatética, el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas, alimentadas en los romeros y tomillos del Hible, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á cantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma, y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! no puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aún tiene una fuerza interior que le somete á la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo con la pura virtud íntima del pensamiento, en la supra esencial sustancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueve, notas superiores á ella misma, tañidos estos nervios nuestros por Dios, dan de sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las oscuras cosas en el fuego celeste;

y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento; y por las ideas esclarecemos el universo material; y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incommunicables arquetipos de los cuales todo lo existente parece pobre copia. La imitación de Jesucristo, está escrita para el consuelo y el aliento de los hombres en la Edad Media; no supera en eficacia y virtud á las altas y sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieran, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime, acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

Tras estas reflexiones sublimes, manifestadas en banquete parecido á los banquetes de Platón, apartóse con solemnidad el austerismo romano de sus comensales, y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes, miró el abismo de la Eternidad con serena mirada, y resolvió arrojarse á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces, en rollo que llevaba siempre consigo; y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo, frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio; á lo breve y fugaz de nuestra vida el tiempo eterno; al cuerpo, que se desprende y cae sobre la tierra, el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito; aquella melodiosa elocuencia lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluida la lectura con arrobamiento, decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad, y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera en la cual se notase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano, era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno, se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclamaron los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo, llamó á voces al siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba; pero no venía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaron el fatal instrumento, á fin de impedir la muerte. Viendo, tras un corto rato, que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe, y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oír esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la familia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos, en-